

JOSE VICENTE ALFARO

BAJO EL CIELO DE LOS CELTAS



La cuna del celtismo en Europa central, varios siglos antes de nuestra era...

La tribu de los celtas nóricos vive una época de prosperidad bajo el gobierno del rey Calum, la sabia guía de su druida Meriadec, y la protección de sus valerosos guerreros, armados con las espléndidas espadas salidas de la forja de Teyrnon. Sin embargo, tiempos oscuros se ciernen sobre ellos. Un misterioso asesinato viene a perturbar el equilibrio de la comunidad, situación que se agravará cuando los germanos del norte, envalentonados por el despertar de sus dioses y el nuevo poder que estos les han otorgado, se atreven a desafiarlos. Por otra parte, la obsesión de Cedric por la bella hija del general Murtagh le llevará a competir por su amor con Serbal, lo que desencadenará consecuencias imprevisibles para todos ellos.

Vive una extraordinaria aventura y sumérgete en la fascinante cultura celta, cuyo amor por la naturaleza no era incompatible con la ferocidad y el arrojo que demostraban en el campo de batalla.

Para mis hermanos Luis y Merchi, dos admirables
guerreros de nuestro tiempo.

PREFACIO

La civilización celta ofrece al escritor un fascinante universo con numerosos elementos para contar una buena historia. De hecho, no son pocas las obras de ficción que se enmarcan en dicha cultura, la cual llegó a extenderse por toda Europa, desde el Próximo Oriente hasta las costas atlánticas.

Sin embargo, la gran mayoría de las novelas suelen situar la acción entre los siglos I a. C. y I d. C., con ocasión de la conquista que el Imperio romano llevó a cabo de la confederación celta, primero en la Galia y después en la Britania. En otros casos trasladan el momento histórico a la Irlanda del siglo V, el último bastión celta en la Europa Occidental, coincidiendo con el inicio de su proceso de cristianización y posterior ocaso.

Sin duda, los diferentes escenarios citados resultan claves en la historia de los celtas, y el interés que suscitan queda fuera de toda discusión. No obstante, yo he preferido situar la presente novela en una época muy anterior, durante la última etapa de la Edad de Bronce, un buen puñado de siglos antes de nuestra era. Por aquel entonces, en el corazón de Europa —al norte de los Alpes y a lo largo de la cuenca del Danubio—, se gestaba nada más y nada menos que el origen del celtismo (cultura de Hallstatt).

Es importante señalar que el pueblo celta nunca conformó un imperio o una nación unificada, sino que estaba constituido por una multitud de tribus independientes entre sí, pero que compartían una misma lengua, así como costumbres y creencias semejantes. En todo caso, los celtas

se reconocían a sí mismos como distintos de otros pueblos vecinos, como los situados en las estepas orientales o la ribera sur del Mediterráneo.

En la idiosincrasia del pueblo celta coexistían dos aspectos aparentemente contradictorios, aunque complementarios entre sí. Por un lado, los celtas eran reconocidos por la bravura de su ejército. Sus guerreros eran feroces, implacables y combatían con un extraordinario valor. Pero al mismo tiempo, sus gentes hacían gala de una espiritualidad fuera de lo común. De la mano de los druidas, su población tenía siempre muy presente el mundo sobrenatural, y sentía un gran respeto hacia la naturaleza, a través de la cual se manifestaba la Divinidad.

En sus orígenes, si los celtas pretendían crecer y expandirse por Europa, tan solo podrían lograrlo si alcanzaban el punto de equilibrio exacto entre ambos mundos: músculo y corazón. De su capacidad para encontrar dicha armonía dependería el futuro de todo un pueblo.

INTRODUCCIÓN

Te ruego que disculpes mi voz ronca y carcomida, que finalmente también ha sucumbido al paso de los años. Y tampoco te extrañes si toso repetidas veces. A estas alturas ya me he convertido en un bardo demasiado anciano como para seguir recitando poemas y cantando gestas con el mismo esplendor que en mi juventud. Ni siquiera podré acompañar el relato con los acordes de mi inseparable lira, pues mis dedos ya no conservan la agilidad de antaño.

En mis años dorados yo era considerado como el bardo de mayor prestigio, lo que me llevaba a recorrer grandes distancias, siempre de aquí para allá, reclamado por los reyes de las múltiples tribus celtas. Jamás decepcioné a ninguno y, a la conclusión de cada actuación, siempre me colmaban de atenciones y halagos.

La historia que voy a contarte es tan antigua que se remonta a nuestros orígenes, incontables generaciones atrás. Pese a ser muy extensa, es la que con más frecuencia me hacen repetir. Yo me conozco cada detalle de memoria y no me canso de narrarla, solo por ver la reacción de la audiencia. Si eres observador, te darás cuenta de que el presente relato deja entrever en su fondo el espíritu celta como ningún otro, aunque en mis días, por desgracia, este ya se encuentre a punto de extinguirse.

Normalmente he contado esta historia a un selecto grupo de personas, cuando no ante amplias multitudes. No obstante, y haciendo una excepción, en esta ocasión lo haré solo para ti. Quiero tener esta deferencia porque así me lo has pedido y porque me consta el gran interés que el te-

ma te despierta. Además, para mí esta será la última vez. Apenas me quedan fuerzas y siento que la muerte ya me espera para iniciar mi viaje de tránsito hacia el Otro Mundo.

Prepárate pues, porque la narración va a dar comienzo. Cuando termines de escucharla, no olvides transmitírsela después a tus propios nietos e hijos. Solo de esa manera podremos evitar que el espíritu del legado celta caiga jamás en el olvido...

Siglo VI a. C.

Europa Central (territorio comprendido por la actual Austria y el sur de Alemania)

Las puertas de Hallein se abrieron para recibir a los guerreros que regresaban de la batalla. Una vez más, los celtas nóricos habían salido victoriosos de su enfrentamiento contra sus vecinos germanos.

La marcha la encabezaba el rey Calum, acompañado en primera línea por Murtagh, el gran general. Ambos cabalgaban en sus respectivas monturas, escoltados por un puñado de jinetes que pertenecían a la élite guerrera. El resto de los combatientes les seguían a pie, diseminados a lo largo del camino, ya que solo unos pocos podían permitirse el lujo de tener un caballo de guerra.

El poblado celta, situado sobre un promontorio de considerable altura, se recortaba en el paisaje suspendido entre blancas nubes. La posición de Hallein no solo dificultaba su asalto, sino que también impedía que la llegada de posibles enemigos pasase inadvertida. Su indiscutible condición defensiva se veía reforzada además por una gruesa empalizada de madera que circundaba todo el recinto.

Sus habitantes, congregados en torno a las puertas de acceso a la ciudad, recibieron a sus valerosos guerreros con un clamor de vítores y aplausos. El ambiente festivo se había extendido por todas partes desde que las primeras no-

ticias confirmasen el aplastante triunfo de los suyos. Los vigorosos acordes de los músicos se elevaron sobre el griterío, enardeciendo el júbilo de la población. El aroma de los cabritos asados impregnaba el ambiente y anticipaba un opíparo banquete, a los que los celtas eran tan aficionados. Los guerreros, pese al cansancio acumulado, no pensaban en otra cosa que en entregarse al festín, en cantar y bailar, y en emborracharse hasta perder el sentido.

Calum alzó la mano para saludar a su gente, mientras su larga capa de lana caía por la grupa de su montura. En su juventud, el rey había sido un formidable guerrero, pero desde que cumpliera los cincuenta años ya no participaba activamente en las contiendas y su papel se limitaba a planificar la estrategia y dar órdenes desde la retaguardia. Calum lucía alrededor del cuello un soberbio torques de oro, rematado en sus extremos por sendas cabezas de carnero; un distintivo reservado exclusivamente a la aristocracia militar.

Sin embargo, era Murtagh quien más ovaciones acaparaba. Al general se le consideraba un héroe porque hasta la fecha no había perdido ni una sola batalla. Entre las filas enemigas, era él quien más bajas causaba, y su fiereza inspiraba a sus hombres a dar lo mejor de sí. Murtagh personificaba el prototipo del celta medio, ensalzado a la máxima expresión: elevada altura, gran corpulencia, tez especialmente blanca y cabellos rubios como el sol. De la brida de su caballo, un robusto semental pardo, colgaba la testa del general germano a quien había derrotado en combate, cuyos ojos se revelaban vidriosos y de la que aún manaba un tenue reguero de sangre, a la altura de donde le había pegado el tajo. Los celtas acostumbraban a decapitar a sus enemigos más afamados, porque creían que de esa manera adquirirían parte de su inteligencia, su fuerza y su poder. Después las cabezas eran embalsamadas con aceite de cedro y pasaban a ocupar un lugar de honor entre las paredes de sus viviendas.

Murtagh distinguió la recia figura del herrero y, desenvainando su espléndida espada de bronce, la encumbró en dirección al cielo. Teyrnon, apoyado en un poste de madera y ligeramente separado de la multitud, no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Su prestigio en el dominio de los metales no tenía parangón en aquellas tierras, y el gran general se lo reconocía públicamente dedicándole aquel gesto. Teyrnon sabía que buena parte de la victoria también le pertenecía a él, pues la extraordinaria calidad de las armas que salían de su forja jugaba un papel decisivo en la batalla.

En el extremo opuesto del poblado, el druida jefe se mantenía alejado del bullicio que había provocado el recibimiento de los guerreros. Meriadec ya pensaba en llevar a cabo un ritual de sacrificio —probablemente de un buey— para agradecerle a la Divinidad la protección que hacía una vez más de los celtas nóricos. No obstante, y pese a la incontestable victoria, a Meriadec le había asaltado aquella misma tarde un repentino presentimiento que le había nublado el corazón. El druida jefe ocultó su mirada bajo la capucha de su túnica y deseó no estar en lo cierto. Su fugaz augurio anunciaba que los temibles dioses germanos intervendrían en el conflicto en favor de su pueblo, invirtiendo así las fuerzas en perjuicio de los celtas...

Al otro lado de la cordillera, el funesto velo de la derrota envolvía el poblado de la tribu teutona como si una sustancia invisible empañara los cielos. El rey germano se sentía tan humillado después de que los celtas nóricos les hubiesen vuelto a aplastar, que no se atrevía ni a levantar la cabeza delante de su pueblo. Ya había perdido la cuenta de las derrotas que sumaba a sus espaldas. Los hechos no dejaban lugar a dudas: sus feroces enemigos del sur eran más fuertes y estaban mejor preparados que ellos.

El rey teutón posó la mirada en el *godi* de la tribu. El singular sacerdote se había convertido en la última espe-

ranza para los suyos. Incapaz de soportar por más tiempo aquel severo castigo, el *godí* había renunciado a sus principios y se había entregado a la nigromancia y a la alquimia oscura, con tal de lograr la intercesión de los dioses. A aquellas alturas de su interminable enfrentamiento con los celtas, solo una intervención divina podría darle la vuelta a la situación.

Los cuerpos de los caídos en la batalla se alineaban en el suelo, mientras el *godí* revolvió uno por uno en sus entrañas y trataba de leer en sus vísceras el futuro inmediato de su pueblo.

—¿Qué ves? —inquirió el rey, ansioso por hallar respuestas.

El *godí* volteó la cabeza. Tenía las manos empapadas de sangre y sus ojos giraban fuera de sí.

—¡Todo es caos y confusión! —replicó frustrado—. No consigo atisbar ni el menor de los vaticinios.

A escasa distancia de ellos, el curandero se empleaba a fondo con los guerreros malheridos. Aunque para algunos no hubiese remedio, muchos otros aún podían salvar la vida.

—Hoy los muertos no dirán nada. —El *godí* se puso en pie y señaló a los combatientes que recibían los cuidados del sanador—. Los dioses exigen el sacrificio de aquellos a los que todavía les late el corazón.

El rey le autorizó a proceder con un leve asentimiento de cabeza.

—Haz lo que debas.

El *godí* dio unos pasos y contempló a los heridos. Los moribundos tampoco le servían porque no representaban un verdadero sacrificio. El sacerdote se fijó en un guerrero que había recibido un profundo corte en el costado, pero cuya vida ya no corría peligro. Era el candidato perfecto. El *godí* sacó entonces un cuchillo, lo hundió en la herida que apenas había comenzado a cicatrizar, y rasgó la carne en dirección al abdomen.

El guerrero aulló como un lobo lanceado mientras contemplaba atónito cómo era abierto en canal. El *godí* no prestó atención a los quejidos y separó la cavidad torácica de la víctima hasta dejar a la vista el entramado de sus órganos internos. A continuación examinó la posición, el tamaño y el color de los mismos, así como otros muchos detalles que debían revelarles lo que sus dioses estaban pensando.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Por fin! —El *godí* alzó los brazos al cielo y comenzó a murmurar un ensalmo de agradecimiento tras otro. Su rostro se había transformado en una máscara de felicidad.

—¿Qué ocurre? —pidió saber su rey.

—¡Esta noche! —anunció convencido—. ¡Esta noche los dioses nos cederán parte de su infinito poder!

La oscuridad se abatió sobre el poblado germano y las temperaturas descendieron en picado, como consecuencia de una intensa corriente de aire frío que bajaba de la cordillera. Pese a todo, la mayor parte de los habitantes prefirió pernoctar a la intemperie, después de que el augurio del *godí* hubiese llegado a sus oídos. Nadie quería perderse el momento en que los dioses intercederían a su favor.

El rey escudriñaba el cielo junto a buena parte de su ejército, ansioso por descubrir una señal. Una luna lechosa se perfilaba contra la negrura del firmamento, acompañada por un mosaico de estrellas que conformaba una brillante constelación. Aunque unos pocos pensaban que nada sucedería, el resto no perdía la fe. Los germanos se habían conjurado para robarle horas al sueño y hacer guardia en el exterior de sus viviendas, envueltos en gruesas mantas de piel de conejo. Los murmullos se alternaban con lapsos de silencio. Nadie sabía muy bien qué esperar del extraordinario acontecimiento anunciado por el *godí*.

De repente, el aire tronó y los guerreros intercambiaron miradas de desconcierto. El *godí* señaló entonces a las alturas: una bola de fuego rasgó el velo de la bóveda celeste,

penetró en la atmósfera y describió una trayectoria descendente dejando tras de sí un rastro de partículas de luz. Un gran estruendo resonó en el cerro más cercano, al tiempo que la tierra vibraba bajo sus pies.

El terror se apoderó de los germanos, que durante varios segundos contuvieron la respiración. El *godí* fue el primero en reaccionar, llamando la atención del rey y de los guerreros que estaban con él. Tenían que dirigirse de inmediato hacia el lugar donde había caído la estrella que los dioses habían arrojado desde su edén.

El *godí* sonreía de oreja a oreja. Por fin estaba en sus manos dar al curso de los acontecimientos un giro radical...

PRIMERA PARTE

Fundición y forjado

Capítulo 1

Los guerreros celtas suelen regresar a su casa con las cabezas de sus enemigos caídos colgando del cuello de sus caballos.

ESTRABÓN, Geografía.

A los ojos de los nuestros, curtidos y endurecidos por la guerra y muy acostumbrados tan a la barbarie y a la sangre como a la victoria, ver a los celtas preparándose para la guerra les suponía una imagen aterradora.

POLIBIO, Historias.

1

El taller de Teyrnnon se hallaba en el extremo norte de Hallein, muy alejado tanto del barrio de los artesanos como del área donde se concentraban las viviendas de la mayor parte de la población. De hecho, la construcción habitada más cercana no era otra que la residencia de los druidas, a quienes también se les concedía por su modo de vida cierto nivel de aislamiento.

Como experto trabajador del metal, al herrero se le atribuían ciertas cualidades que oscilaban entre lo mágico y lo prodigioso, debido a su portentoso dominio de los metales y el fuego. No en vano, aquel oficio era el que más prestigio gozaba dentro de la comunidad, no solo por la dificultad que entrañaba su realización, sino también por la importancia de los útiles que fabricaba, como las herramientas agrícolas o las armas de guerra. Teyrnnon descendía de una generación pionera en el campo de la metalurgia, y él mismo había elevado la destreza de aquel arte a un nuevo grado de perfección. Su reputación había traspasado inclu-